

Francisco y Santo Domingo, y todavía casi despreciada. Se vieron en Juana todos los sentimientos enérgicos y generosos que constituyen y salvan la patria. Tomó las armas porque era católica, y el pueblo quedó más prendado y admirado de su fe que de su espíritu belicoso. Condenada por un tribunal incompetente, murió mártir de su patria; pero el Papa, órgano de la suprema justicia, revisó el proceso formado contra ella y le anuló por inicuo, rehabilitando de ese modo á la casta y encantadora heroína. Francia no pierde la esperanza de ver colocada sobre los altares á Juana de Arco, que vivió en una época cuyos trastornos tienen mucha relación con los que se experimentan en estos tiempos.

EL RENACIMIENTO

La segunda mitad del siglo XV fué señalada por acontecimientos tan considerables como extraños é imprevistos, é invenciones importantísimas para el porvenir excitaron poderosamente la curiosidad y el estudio de los espíritus. Tuvo lugar la invención de la imprenta, el descubrimiento del nuevo mundo, dió principio el vuelo de la astronomía, fué quitada Granada á los moros, y con la caída de éstos se puso fin á una lucha de ocho siglos y quedó libre España.

Estas maravillas y proezas eran debidas al espíritu de fe, y los héroes que las ejecutaban eran todos fervientes católicos y

no se sacrificaban sino con el fin de engrandecer el reino de Jesucristo. Cristóbal Colón quería abrir los mares, como Isabel la Católica, su protectora, había abierto y derribado las murallas de Granada, para abrir un camino á la cruz. El primer libro que se imprimió fué una Biblia; Nicolás de Cusa, Regiomontano, Copérnico, los primeros astrónomos, eran sacerdotes piadosos; el cardenal Cisneros, ministro de Fernando y de Isabel, tan grande y quizá más que los mismos monarcas, no ménos instruído en las ciencias que en la política, pertenecía á la orden de San Francisco. En la meditación de los claustros se había formado y conocido el arte difícil de gobernar á los hombres conforme á la voluntad de Dios, como se formaron también tantos otros estadistas de aquella época y de las anteriores, que fueron los directores, los maestros y los ilustrados obreros de la civilización contemporánea.

Pero había un peligro muy grande en medio de esa eflorescencia de conocimientos, de artes, de armas y de toda gloria humana. Mientras los gigantes de semejante movimiento permanecieron humildes, la multitud de los hombres de la clase media, colocada entre los sabios y el pueblo fiel, atribuyéndose la gloria de su época, se daba más incienso y más tono que el que podía soportar, y se embriagó de las ideas y de los nuevos descubrimientos que veía y aprendía. En tanto que España, Portugal, Francia, Italia y toda la Europa católica, brillando por diferentes glorias y títulos, se reorganizaba á sí misma, adquiriría un

nuevo mundo, progresaba en las ciencias, en las publicaciones y en las artes, y creía afianzarse y robustecerse sólidamente en la paz, Constantinopla, cumpliendo los destinos de la herejía, cayó en poder de los turcos, y con ella todo el Oriente. Su caída precipitó sobre el Occidente la multitud de letrados y publicistas que vino á aumentar en los países católicos la clase de semi-sabios, entonces naciente, los cuales habían de engendrar la raza de los semi-incrédulos, como desgraciadamente sucedió.

Llámase Renacimiento á la época que siguió á la Edad Media. No hubo jamás una época de tanta locura y de una virilidad tan poderosa y robusta, pues se hubiera creído que era aquella formidable posteridad que nació del comercio de los ángeles rebeldes con las hijas de los hijos de la tierra. Los hombres de ese tiempo tenían pretensiones de saberlo todo, querían emprenderlo todo y se vanagloriaban de haber llevado á cabo todo. En su juicio, eran los hijos primogénitos y mimados de Dios, y todo lo que les había precedido no podía considerarse más que como un ensayo miserable de la creación. La aberración de su orgullo los condujo de un salto á quince siglos de retroceso y al paganismo. El nombre de Renacimiento quería significar que ellos habían salido de la muerte, cuando, en realidad, cayeron en ella, saliendo de los hermosos horizontes de la vida y de la verdad. Despreciando altamente la edad que les había precedido, negaban que tuviese valor ni importancia alguna en comparación de su apogeo y grandeza, y querían á

todo trance romper con ella y con toda la tradición cristiana. Instintos perversos y envidiosos y un gran desbordamiento de las pasiones sensuales los empujaban á destruir hasta el último vestigio de aquel orden de cosas purísimo, cristiano y severo, que les había legado las riquezas de que abusaban. Muy pronto formaron el plan devastador, y prosiguieron en su ejecución con un empeño perseverante á la vez que inteligente, resultando de ahí que el protestantismo, con antorcha y espada en mano, se extendió rápidamente por Europa. Instantáneamente el fuego encendido en Alemania se propagó á las regiones del Norte, que apenas acababan de convertirse al Catolicismo; á Inglaterra, á Francia y aún á la misma Italia. Solamente España y Portugal, protegidas por la Inquisición, pudieron librarse del incendio; y Dios, para recompensarlas de la larga y penosa lucha que sostuvieron contra el mahometismo, las concedió la paz y dió á sus marinos la América y las Indias.

El protestantismo atacaba el orden católico en nombre de la libertad, de la dignidad, de la inteligencia, de la moral, y sobre todo, en nombre de la ciencia; pero no era el pueblo el que levantaba esa bandera de rebeldía, porque era católico y era más libre que ahora. La revolución estaba inspirada y sostenida por nobles, por sacerdotes y por hombres de letras, y sus móviles eran la avaricia, el orgullo y la voluptuosidad. Luégo que la herejía se aseguró de su dominio y de su presa, no ocultaron ya sus partidarios lo que les movió á levantarse contra la Igle-

sia. «En el fondo, dijo uno de ellos, la *protesta* se redujo á que la *carne*, demasiado contenida por la disciplina religiosa, reivindicase sus justos derechos.» Verdaderamente ese era su fondo, como lo fué siempre toda herejía, y los contemporáneos de Lutero lo sabían muy bien. La religiosa sor Juana de Jussie, que vió el principio del protestantismo en Ginebra, cuenta sencillamente que un religioso subió al púlpito en la iglesia de su convento, declamó contra los sacramentos, vilipendió á la santa Iglesia, al estado religioso, á la virginidad, y después se hizo él hereje, y, concluido el sermón, se casó con una mujer de malísima fama. Esa era la historia y la teología práctica de los apóstatas en aquel tiempo, como lo ha sido también en otros anteriores y posteriores. También la herejía socialista, para condenar el orden actual y la moderna organización social, se apoya en los derechos de la carne, ya que no tiene otro argumento en que fundarse. La carne tiene muchos derechos, y todavía no se conocen bastante hasta que se invoquen para la liquidación social y para acabar con la razón humana.

Eran necesarias dos condiciones para que una herejía religiosa pudiera producir una revolución política y para que alcanzase el inmenso poder á que llegó el protestantismo: la primera era que hubiese masas y pueblos creyentes, y la segunda jerarquías y elevadas posiciones corrompidas, y exactamente existían ambas en la época del protestantismo. La nobleza francesa, cuyas generosas cualidades no pueden negarse, no tuvo bastan-

te virtud en los momentos críticos y supremos en que necesitaba tenerla mayor y un valor más grande. La herejía, que sabía explotar á su provecho el bien y el mal, trastornó y alteró el sentimiento cristiano de la justicia, del derecho y del deber, que la Iglesia había enseñado por todas partes; y exigía sin ruido y sin gran rumor, pero sí con la energía irresistible de la conciencia, todo aquello que ha exigido siempre y exigirá en lo sucesivo, esto es, que los jefes de los Estados se muestren dignos del alto rango que ocupan. La seducción manejada por ese medio tan sagaz echó su germen en terreno ya demasiado preparado, y desnaturalizó la savia vital que en él existía.

Hubo un momento en que la victoria del protestantismo, que era inmensa, parecía que debería ser total. Pero la Iglesia, en desastre tan grande y tan repentino, no fué abandonada de Dios, ni tampoco se abandonó y descuidó á sí misma. En el concilio de Letrán principió á ocuparse de la reforma de abusos que se habían deslizado en sus propios dominios, despertó gran vigilancia por el restablecimiento de la disciplina y procuró formar un rumbo y dirección de los estudios más apropiados á las necesidades de aquel tiempo. Así estaba ya preparada para el combate y así había resistido los primeros ataques, cuando poco tiempo después convocó el concilio de Trento.

El siglo del Renacimiento y del protestantismo produjo una innumerable multitud de hombres y de escritos eminentes; pero hubo entre ellos dos hombres y dos obras que resumieron toda

la época en dos campos y criterios opuestos. De parte de los protestantes y de los paganos estaba Rabelais y su obra, y de parte de los católicos estaba San Ignacio y la suya. Rabelais era un religioso apóstata, y San Ignacio de Loyola era un soldado que se ordenó de sacerdote y fundó la Compañía de Jesús. Se conoce al momento toda la época del protestantismo estudiando detenidamente esas dos figuras dominantes, la una de la herejía y la otra de la fe.

Jamás hubo alma más esclava y enfangada en la ignorancia que la de Rabelais, que no solamente fué apóstata, sino sacrilego. Fué una viva encarnación del desarreglo de la carne que inhabilita al espíritu para los pensamientos elevados y para las cosas nobles y santas, y así lo revela el nombre mismo de su obra. Se titula ésta *El hombre carnal*, y en libro tan sucio se representa al natural la bestia aullando y revolcándose; y desaparece del todo lo que su autor tenía de los sentimientos naturales, y, á lo más, si éstos se mencionan, es para negarlos y aborrecerlos. *Animalis homo non percipit ea quæ sunt Dei*. El hombre animal (y que obra como un animal) no conoce las cosas de Dios. La hermosa luz divina que ilumina la conciencia y es el principio de todas las grandes acciones y actos nobles y heroicos, ese santo y dulce amor del bien, ese delicado sentimiento de la belleza moral, el aborrecimiento enérgico del mal, la mirada sabia y al mismo tiempo compasiva de las miserias humanas, que modera la indignación é inclina á la piedad, todo

ese tesoro de bienes y afectos tan preciosos se retira y abandona al hombre carnal. Éste figura en el espectáculo del mundo como un niño que asiste á un juego de títeres y muñecos, ó como un perverso obcecado y endurecido que goza con el crimen y el suplicio. Tal es, ciertamente, y no otra la degradación á que conduce el abandono y el desprecio de la verdad, y semejante abismo no puede mirarse con indiferencia por todo aquel que sienta en sí el soplo de un alma inmortal. Rabelais, canonizado por los libre-pensadores y colocado en primer grado en el panteón de los mismos, es el gran escritor del Renacimiento.

Al mismo tiempo se levantó Ignacio de Loyola para ser el antídoto del veneno de Rabelais, y fué verdaderamente el hombre extraordinario suscitado por Dios y la gloria más legítima de la Iglesia. Joven oficial de ejército, se separó de las opiniones y máximas del mundo, recibió el orden sacerdotal y concibió el plan de un instituto religioso que defendiese á la Iglesia en todos los puntos en que se veía atacada. Fundó su familia con una prudencia y sabiduría tales, que hasta ahora no han podido desmentirse ni sus previsiones ni sus consejos, y la vió propagarse rápidamente por el mundo, y murió dejando á la Iglesia esta fuerza nueva, llena de juventud y de vida, y en todos tiempos poderosa y activa, que se conoce con el nombre de Compañía de Jesús. Después de obra tan prodigiosa, ¿qué pretendió y quiso ser San Ignacio? ¿Qué fué en realidad? ¿Qué

es todavía? Un sencillo y recto maestro de escuela, como todos los santos, como toda la Iglesia y como el mismo Jesucristo.

El siglo XVI, que produjo á Lutero, Calvino y Rabelais, como la expresión más acabada de la revolución contra la Ley de Dios, vió también á la Iglesia, por su propia sabiduría y por su sola virtud, alcanzar el triunfo más completo y memorable después de aquel en virtud del cual, venciendo al paganismo, se instaló y se fundó en el mundo. Al lado de esa faz horrible, donde están manifiestos los rasgos más deshonrosos de los héroes de la herejía, tiene el siglo XVI otro lado esplendoroso de ciencia, de piedad y de gloria inmortal; y la Iglesia, aunque hecha el juguete de todas las fuerzas de la malicia y de todas las traiciones del mundo, supo responder, como depositaria y dispensadora de los dones de Dios, á la guerra que se la hacía, presentando una colección poderosísima y luminosa de doctores, de apóstoles y de santos.

Rabelais blasfemaba entre sus amigos letrados y sus adeptos, Lutero extendía su mano á las impurezas del islamismo, cuya ley adoptaba los dogmas impíos, y la Iglesia entretanto daba razón de su fe y reformaba su disciplina en el santo concilio de Trento; señalaba líneas y puestos heroicos á la Compañía de Jesús, se llenaba de vida en Europa por medio del martirio, conquistaba la América para Cristo perseguido por los ingratos, abría por doquiera colegios y universidades ilustres, y, aunque perdía reinos mundanos, no disminuía el resplandor de su

hermosura y de sus luces. Hubo, así en el instituto religioso franciscano, del que había desertado Rabelais, como en otras

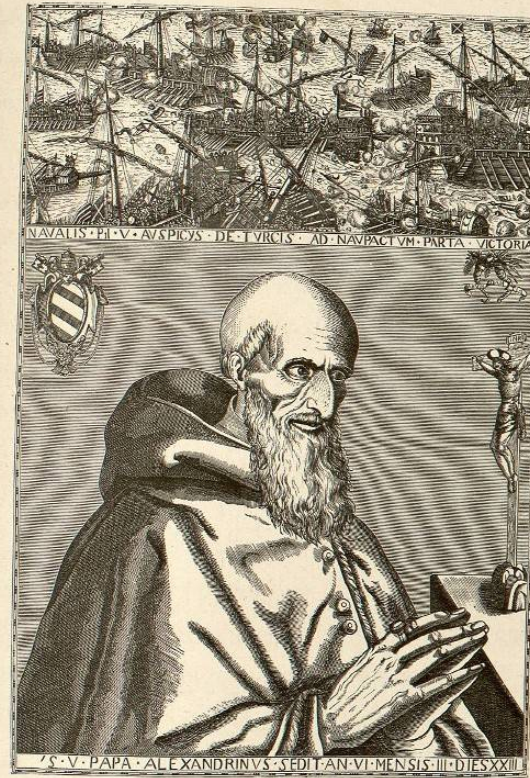


Lámina 138.—El Papa San Pío V, que hizo alianza con España y con Venecia contra los turcos, y preparó la victoria de Lepanto.—Conforme á un grabado italiano de su época.

órdenes monásticas, en donde el error había encontrado apóstatas, una falange gloriosa de santos, de héroes y de mártires.

El siglo XVI vió á San Juan de Dios, Santo Tomás de Villanueva, San Juan de la Cruz, Santa Teresa y su familia de purísimas vírgenes, San Ignacio, San Francisco Javier, San Carlos Borromeo y San Pío V.

Todos esos nombres tan insignes viven todavía en la tierra como en el cielo. En ese mismo tiempo escribían los doctos Belarmino, Suarez, Toledo, Sirllet, Maffei, y fundaba con Baronio el Oratorio San Felipe Neri; y si la musa de los bosques pantanosos vomitaba á un Rabelais, la musa del hermoso paraíso de la Iglesia inspiraba á un Camoens, al Tasso y á Rafael; y en tanto que un apóstata falseaba la ciencia histórica, un Baronio y veinte sabios más legaban á la posteridad trabajos importantísimos, cuyo mérito no ha podido la crítica aminorar. En ese siglo, en fin, en el cual la civilización cristiana, por un momento decaída y debilitada, parecía que iba á perecer, vió á su término al islamismo aplastado por la mano de un Papa en la batalla de Lepanto, y legó al siglo siguiente un San Francisco de Sales, un San Vicente de Paul y la época de Luis XIV, esa lumbrera de Francia en donde ningún valor ni significación tenía ya el espíritu de Rabelais.

El protestantismo era una inmensa fábrica de calumniosos folletos, de los que ha quedado muy poca cosa, y á los cuales contestaban en un número asombroso poderosas y fundadas apologías de la verdad católica, de las cuales se conservan algunas, que están reputadas como modelos de obras de mérito.

El protestantismo destruía y derribaba iglesias, y fué muy pobre en artistas. Aparte de algunas medianías, no tiene, por lo demás, la herejía, ni grandes pintores, ni grandes arquitectos, ni músicos notables, porque la herejía es iconoclasta y destructora de la belleza en su tipo más acabado y sublime; y si alguna savia conserva todavía, la debe á la comunicación y proximidad que tiene con el Catolicismo. En España, donde no penetró la herejía protestante, sucedió todo lo contrario; todos los conocimientos humanos y todos los ramos del saber tomaron un vuelo asombroso y se desenvolvieron de una manera grandiosa, dando abundantes frutos y producciones científicas y artísticas que son una maravilla de la inteligencia alumbrada y guiada por la fe. El siglo XVI y parte del XVII están rebosando de progreso científico y llenos de teología, de literatura, de historia, de música, de pintura, de poesía y de todas las ciencias y artes. Roma é Italia brillan también de una manera más singular, y tuvieron un Leonardo de Vinci, un Miguel Ángel y un Rafael, con su escuela y sus discípulos sin número, y además sus sabios, sus teólogos y sus célebres oradores y polemistas. En el campo del protestantismo se escribían folletos, mientras que en Roma se escribían libros en folio y se creaban instituciones y se formaban hombres.

¿Qué hubiese sido de las letras, de las artes y de las ciencias, y á qué hubiese llegado la Europa entera, si todo lo que tenían y debían á los monjes, á los sacerdotes y á los católicos,

lo hubiesen buscado por el sistema, los gustos y la filosofía de Rabelais? Todo el Renacimiento, transcurridos muy pocos años, zozobraría ya en el protestantismo, el protestantismo estaría amenazado de degenerar en un republicanismo, y el republicanismo hubiera llegado á ser una pronta barbarie; se hubieran visto dos siglos más de movimiento popular, que nosotros llamamos socialismo, y entonces el turco triunfante hubiera estado allí para absorber toda la Europa, como acababa de apoderarse de Bizancio. Mas afortunadamente había en la Iglesia hombres fuertes y llenos de virtud y de abnegación que despreciaron las seducciones del orgullo y de la falsa ciencia, á las cuales los autores y partidarios de la revolución se rendían cobardemente, y esos héroes á quienes el turco encontró invencibles é incorruptibles amaron y defendieron la fe católica y la civilización cristiana hasta subir serenos y con admirable valor al patíbulo que les levantaba la herejía. Al mismo tiempo que con su sangre salvaban la santidad del dogma, salvaban también la dignidad de la ciencia, la hermosura del arte, la moral, la filosofía, el derecho, la política, todo lo que la revolución pretendía conocer mejor que ellos y todo lo que en manos de ella estaba en peligro de corromperse; todo lo salvaron y lo aseguraron, bajo el amparo de la cruz. Con ese fin sacrificaron su juventud y su existencia, pasaron su vida en medio de los mayores trabajos y angustias, murió un número considerable de ellos en los suplicios; pero, al fin, la cruz venció y triunfó de sus enemigos. Esa es la razón poderosa

de que se ame á la Iglesia, y de que se la ame siempre, por más que pese á los sofistas y á los verdugos, que manifestaron entonces, como en todas ocasiones, hasta qué punto la detestan y aborrecen.

Las guerras del protestantismo se terminaron, ó, por mejor decir, se suspendieron, por transacciones peligrosas en las que no se quisieron escuchar los sabios consejos y avisos de la Iglesia. La herejía conservó una parte de Europa, y quedaron en poder suyo la Escandinavia, inmensos territorios de Alemania, toda la Inglaterra, en donde Irlanda no fué más que una provincia mártir. Permanecieron siendo católicas Francia, Italia, España, Portugal, los Países-Bajos, la Polonia, algunos cantones de Suíza y las regiones subalpinas, quedando así Europa dividida y en estado tan desfavorable, expuesta á los complots y manejos del protestantismo. Sin embargo, la paz religiosa se mantuvo entre las naciones, y las guerras de los siglos XVII y XVIII casi fueron ya exclusivamente políticas.

LA FRANCIA.—REINADO DE LUIS XIV

Francia, Italia y España continuaron desplegando una actividad laudable, fecunda y gloriosa; y sobre todo, la Francia, bajo el reinado de Luis XIV, dominó el mundo por su política, por el éxito de sus guerras, por su literatura, por su movimiento científico y por las artes. Tuvo en todos los ramos hombres